

# Edipo rey

## Sófocles

### (Adaptación)

#### Personajes:

|           |          |                    |                            |
|-----------|----------|--------------------|----------------------------|
| Edipo     | Creonte  | Mensajero          | Coro y ciudadanos de Tebas |
| Lazarillo | Tiresias | Pastor             |                            |
| Sacerdote | Yocasta  | Siervos de palacio |                            |

#### Acción

Edipo.— Ciudadanos de Tebas, os veo aquí, frente a mí, en actitud suplicante; y hasta aquí llegan las oraciones, los lamentos y los gemidos. Me he preguntado por la razón de esta reunión; no he querido recurrir a mis servidores y ante vosotros, yo mismo, Edipo rey, el aclamado, me presento. No me son ajenos vuestros males, pero a ti te corresponde darme cuenta de ellos. Dime pues, sacerdote del dios Zeus, vuestros temores, vuestros deseos. Duro de corazón sería si ante tal manifestación de dolor, y estando en mí el remedio, os negara mi ayuda.

Sacerdote.— Mi rey Edipo, ¿ves la edad de los aquí congregados? Unos son niños, pajarillos sin poder en sus alas para emprender el vuelo. Otros, ancianos, como yo mismo, rendidos ya por las mil tormentas de la vida. Allá, también, se encuentran los que plenos de juventud ya tienen demostrada su fortaleza. Todos postrados ante ti, frente al altar, en las plazas o en el templo. Nuestras cabezas no soportan ya el peso de tantos males que se han desatado sobre la ciudad y la sumergen en sangre. Es la terrible peste la que asola la ciudad, y son los lloros y lamentos los que pueblan su aire irrespirable. No pretendemos equipararte con los dioses; pero sí, los aquí presentes y yo mismo, te consideramos el primero de los hombres: el más sabio. Tú nos libraste, llegado a la ciudad, del tributo a la temible esfinge. No estabas sobre aviso, nada conocías de sus encantamientos y de ella nos libraste sin ayuda de ninguno de nosotros. Un dios te inspiró, no se entendió que fuese de otro modo. Hoy a ti volvemos, postrados, de rodillas, poderoso Edipo. De ti esperamos auxilio. Debes poner remedio a tanto mal, ya sea con consejo de algún dios, ya sea con tu experiencia propia. El hombre que ha sufrido los desgarros de la vida es el más capaz para solucionar los males de otros. Tú, el mejor de los hombres, resucita a la ciudad; se su salvador como ya lo fuiste antaño. Tuyo será el mérito y para ti la recompensa: la ciudad volverá a celebrarte como su defensor. ¿Cómo sería de otro modo?: ¿nos salvaste para dejarnos ahora hundidos en el dolor y la muerte?

Edipo.— No despertáis a un hombre rendido al dulce sueño, ignorante de los sucesos que me narráis. Conozco vuestros males, son motivo de mis preocupaciones y por ellos sufro con un dolor que se multiplica. Sufro por vosotros, por mí mismo y por la ciudad entera. He mandado a Creonte, hermano de Yocasta, mi querida esposa; lo he mandado a consultar los oráculos del dios Apolo en Delfos. El tiempo se ha cumplido para que esté de regreso y ansioso lo espero.

Sacerdote.— Oportunas son tus palabras, me dan noticias de que Creonte regresa.

Edipo.— Cierto, Creonte se acerca, ya lo distingo. Dios Apolo, que tus vaticinios sean afortunados y la ciudad resurja, vencida la maldición que, sin duda, pesa sobre ella.

Sacerdote.— Así será, se acerca coronado con el laurel de Apolo, signo inequívoco de buenas nuevas.

Edipo.— Es momento de saberlo, tan cercano se halla de nosotros que mi voz podrá ya oír. ¡Príncipe, cuñado mío! ¿Qué noticias traes para nosotros de parte del dios Apolo?

*Entra Creonte.*

Creonte.— Buenas son las noticias pues los acontecimientos, aunque infortunados y adversos, si obramos rectamente, han de tornarse en positivos.

Edipo.— Continúad pues, sigo sumido en la incertidumbre. ¿Cuáles han de ser nuestras acciones?, ¿están en nuestra mano?

Creonte.— Contesto a tus preguntas. ¿Lo digo aquí, ante todos, o entramos a Palacio?

Edipo.— Habla en presencia de todos, es su dolor más que el mío propio el que me conmueve.

Creonte.— Me dispongo, pues, a hablar. Estas palabras, del propio dios las he escuchado: Una infamia ha crecido en la ciudad y nos avergüenza a todos; no dejemos que se alimente y extienda hasta el punto de hacerse irremediable.

Edipo.— ¿Qué infamia y cómo atajarla?

Creonte.— Sangre derramada es su origen. Y el remedio: tomar muerte por muerte o el destierro de los asesinos.

Edipo.— ¡Un asesinato! ¿A qué asesinato se refieren los dioses?

Creonte.— Al de Layo, la muerte del que fuera nuestro rey, antes de que tú ascendieras al gobierno de la ciudad.

Edipo.— Del acontecimiento tengo alguna noticia; aunque, a él, nunca lo llegara a conocer.

Creonte.— Murió y ahora el dios nos urge para que con firmeza condenemos a sus asesinos.

Edipo.— ¿Dónde encontrarlos? ¿Dónde buscarlos? ¿Cómo seguir la huella de un crimen tan viejo?

Creonte.— Aquí se hallan, en esta tierra; así lo ha dicho el dios: Lo que se busca se encuentra; lo que se abandona, perdido queda en el olvido.

Edipo.— Respóndeme, debo conocer más sobre lo sucedido: ¿Dónde fue asesinado Layo?

Creonte.— Partió de la ciudad. Preocupado, tal vez, por un futuro incierto fue en busca del oráculo adivinatorio. Nunca más se le vio. Fue a consultar a los oráculos y encontró la muerte.

Edipo.— Alguien pudo tener conocimiento de los hechos: ¿Algún mensajero? ¿Algún acompañante?

Creonte.— No, todos, excepto uno, murieron; y éste, presa del pánico, sólo un dato pudo darnos.

Edipo.— Dame ese dato, de lo poco puede llegarse a lo mucho. El mínimo indicio nos dará esperanzas.

Creonte.— Salteadores fueron los autores del delito. Así lo dijo: un torbellino de brazos acabó con la vida de Layo.

Edipo.— ¿Dónde se encuentra a bandidos tan osados para cometer tal crimen si no es con la complicidad de gentes de aquí?

Creonte.— Eso se pensó, pero envuelta la ciudad en las desgracias, nadie se preocupó de castigar su muerte.

Edipo.— ¿Qué desgracias? ¿Tan grandes fueron que impidieron a la ciudad hacer justicia ante el asesinato de su propio monarca?

Creonte.— La encantadora esfinge con sus enigmas nos mantuvo a sus pies, olvidamos nuestro presente y todas las atenciones fueron para ella, así el olvido hizo que tan grave suceso permaneciera en la sombra.

Edipo.— Hago mío el encargo y retomo el asunto desde un principio hasta su término. Recto y sabio ha sido Apolo, y tú mismo, exigiendo justicia para el muerto, evitando que el crimen caiga por más tiempo en el olvido. A vuestro interés y al del dios, sumo el mío: quien asesinó a Layo bien pudiera actuar, igualmente, contra mí. De tal forma que haciendo justicia al rey asesinado, a mí mismo favorezco. Alzaos. Reunid a todo el pueblo de Tebas, actuaré con rapidez y eficacia.

*Edipo entra en palacio.*

Sacerdote.— Levantaos ya, Edipo se ha hecho eco de nuestras plegarias. Apolo que nos ha dado esperanzas con sus indicaciones, venga ahora como salvador en nuestro auxilio y aleje de nosotros la peste.

Coro.—

¡Oh! Zeus, envías dulces palabras al pueblo de Tebas.

Mi mente está confusa y mi corazón agitado:

¿Qué respuesta nos trae tu mensajero?

Innumerables sufrimientos arrastro.

Atormentada la ciudad por la peste, no hallo medios para liberarla.

Sus antes fértiles tierras hoy resultan estériles;

infructuosos son los partos de las madres;

y nuestros jóvenes, aterrorizados, huyen sin rumbo.

Los muertos se amontonan, la ciudad paralizada,

sus hijos yacen inertes sin nadie que los llore.

Zeus, ven a nosotros y pon término a nuestros pesares.

Que el turbio enredo que envuelve a la ciudad se desvele y los intrigantes reciban su castigo.

*Edipo sale a escena a tiempo de oír esto último*

Edipo.— Esto que pedís he de cumplir. Si este es el medio de alejar la ruina de la peste, mi determinación es esclarecer aquellos hechos. Hablaré ante todos. Nada sé de tan lejanos acontecimientos ni de las noticias que sobre ellos corrieron; y ningún camino recorrerían mis pesquisas sin un indicio, sin un atisbo de cómo pudieron suceder. Yo, pues, último en llegar a la ciudad, poco entiendo de este asunto. Así, os ordeno a todos los que habitáis en Tebas que prestéis atención a mis palabras: Quien sepa de los asesinos de Layo que lo declare; que aquí, ante todos, los señale. ¿Vive el culpable aquí?, ¿habita entre nosotros? Si es así, si la culpa lo atormenta y el temor lo amedrenta que hable; ni cólera ni ira recibirá; encontrará clemencia; solo le espera la salida de la ciudad ordenada por los dioses. Pero si calla, si persiste en la ocultación..., o si algún conocedor de éste también calla por miedo o por amistad: seré inmisericorde; que nadie le hable ni techo alguno le cobije, que se le excluya de los ritos sagrados, que se le expulse de su propia casa, que la ciudad se le cierre. Mi decisión es firme y a ella me debo; y de todos reclamo la misma firmeza y determinación. Nos lo requiere un dios, pero aunque así no fuera: ¿no deberíamos movernos para hacer justicia a rey tan querido como fue de todos?, ¿no estoy obligado yo que le sustituyo en el trono, que en su misma cama duermo, que su misma esposa tengo, que de la misma mujer tendríamos los hijos de no habersele negado descendencia? Hasta en eso fue infeliz. Con fuerza acometo su defensa, como si de mi propio padre se tratase, y no me detendré hasta descubrir al culpable. A la furia de los dioses apelo si alguno desoyera mi mandato.

Corifeo.— Has hablado rey, tremendas han sido tus palabras. Debo decir, también con palabras claras, que nada tengo que ver con el delito y desconozco dónde pueda encontrarse al asesino. Indicaciones del dios Apolo han sido y a él corresponde la ayuda para descubrirlo.

Edipo.— Mas, ¿quién puede obligar a hablar a un dios cuando su deseo es estar callado?

Corifeo.— Me permito sugerir algo en ese mismo sentido.

Edipo. — Hacedlo, os lo ruego.

Corifeo. — Como el dios Apolo, Tiresias, el clarividente, es voz autorizada; a él recurramos.

Edipo.—Tampoco este asunto he desatendido. Por consejo de Creonte, mi príncipe y cuñado, he mandado emisarios en su busca, ya debería estar aquí, frente a mi presencia.

Corifeo.— Y sobre asunto tan lejano no se dispone de más información, solo rumores.

Edipo.— ¿Y cuáles son estos? Todo me sirve, escucho tus palabras.

Corifeo.— Que murió a manos de salteadores, de ladrones.

Edipo.— Eso tengo oído; pero al que esto hizo, ¿quién lo encuentra ahora pasado tanto tiempo?

Corifeo.— Si conserva rastro de temor, tras tus palabras, no debería tardar en presentarse.

Edipo.— Quien no temió cometer acción tan perversa, cómo van a amedrentarle las palabras.

Corifeo.— Ya llega quien puede descubrirle, el vidente Tiresias ya se acerca, el de las certeras palabras, el que convive con la verdad.

Edipo.— Tiresias el clarividente, el que todo lo entiendes. Ni asuntos de humanos ni los de los dioses te son ajenos, unos y otros resuelves con acierto; esa es tu fama. La de ciego es tu condición y, sin embargo, ves con claridad los padecimientos de la ciudad. Tal vez, sabrás por mis emisarios la condición que Apolo ha puesto a la ciudad para apartarla de la ruina: descubrir a los asesinos de Layo y matarlos o expulsarlos de estas tierras. A ti y a tu ciencia recurrimos como único y último recurso para dar solución a tal asunto que a nosotros nos es inaccesible. Nos ponemos en tus manos. No nos niegues tu clarividencia. Úsala para liberarnos de esa mancha, causa de nuestras desgracias: sálvate tú, salva a la ciudad y también a mí mismo.

Tiresias.— ¡Hay de mí! Qué terrible es saber cuando ese conocimiento en nada favorece a quien lo posee. Aunque ese asunto lo he sabido con claridad, lo tenía olvidado. De haberlo tenido presente, hasta aquí no habría venido.

Edipo.— ¿Qué dices? ¿Te arrepientes de haber venido?

Tiresias.— Déjame ir, deja que siga mi camino.

Edipo.— Me confundes. ¿Por qué ese desánimo?

Tiresias.— Hazme un bien a mí y háztelo a ti mismo.

Edipo.— No hablas con bondad. ¿En nada aprecias a la ciudad que le niegas tu ayuda?

Tiresias.— Te equivocas al hablar así. No quiero, yo también, caer en el desatino. Lo pasado, pasado está; y lo olvidado, mejor que continúe dormido. Me retiro, te lo ruego.

Edipo.— No, soy yo quien te lo ruega, no te vayas llevándote lo sabido. Todos, postrados, en actitud suplicante, te lo pedimos.

Tiresias.— Todos erráis, no sigáis ese camino. Yo nunca desvelaré mis desdichas, por no hablar de las tuyas.

Edipo.— ¿Callas lo que sabes? ¿No sabes que con tu silencio traicionas a todos y condenas a la ciudad?

Tiresias.— No quiero causarme dolor ni causártelo a ti mismo. No persistas en tus ruegos, nada saldrá de mi boca sobre este asunto.

Edipo.— A una roca lograrías irritar. ¿Te niegas a hablar? ¿Nos niegas tu conocimiento?

Tiresias.— Eso hago cuando ese conocimiento será causa de dolor.

Edipo.— Eres terco y malvado. Con tu actitud a la ciudad destruyes.

Tiresias.— Descargas tu ira sobre mí cuando más te valdría mirar hacia ti mismo.

Edipo.— Cómo no sublevarse cuando con tus palabras a la ciudad desprecias, con tu silencio a la ciudad sentencias.

Tiresias.— Llegarán las miserias haga lo que haga, calle o hable.

Edipo.— Entonces habla, aquí y ahora.

Tiresias.— Nada más saldrá de mis labios, podrás descargar tu ira contra mí tanto como quieras.

Edipo.— Voy comprendiendo, comienzo a entender tu obstinación en callar. Tus palabras y silencios me dicen que aquellos hechos no te fueron ajenos. Obra tuya fue el asesinato de Layo, si no de tus propias manos, sí con la asistencia de terceros.

Tiresias.— ¿Eso piensas?

Edipo.— Sólo tu ceguera me impide pensar que tú, y sólo tú, fuiste el asesino.

Tiresias.— Si así piensas, atiende, pues, a lo que he de decirte: Todos los improperios que lanzas contra los culpables caen sobre ti. Es cierto que una vergonzosa mancha se extiende sobre estas tierras; pero es igualmente cierto que al autor de tal infamia debes de buscarlo en ti mismo.

Edipo.— ¿Me acusas del asesinato? Eso es lo infame. Insolente anciano, ¿Piensas que tus años han de librarte de mi cólera, que con mis propias manos no voy a darte castigo?

Tiresias.— Nada tengo que temer, la verdad es mi fuerza.

Edipo.— ¿Verdad? ¿De dónde viene tu arte adivinatorio?: de la conspiración y la mentira.

Tiresias.— Tú me obligaste a hablar.

Edipo.— ¿Yo? ¿Yo te he obligado a decir? ¿Qué te he obligado a decir? Repite tus palabras.

Tiresias.— ¿No he sido suficientemente claro?

Edipo.— Quiero quedar convencido de que es cierto lo que de ti he oído.

Tiresias.— El asesino que buscas eres tú, tú asesinaste a ese hombre.

Edipo.— ¿Tienen mis oídos que oír la misma mentira?

Tiresias.— Tú me fuerzas a que hable.

Edipo.— Dos veces me deshonras, no quedará impune tu calumnia.

Tiresias.— Digo verdad y digo más para que más sepas. Digo que vives en vergonzosa unión con tus seres más queridos. Vives, sin saberlo, en la mayor de las infamias.

Edipo.— ¿Persistes en tu atrevimiento?

Tiresias.— La verdad siempre se abre camino.

Edipo.— Cierto, menos para los ciegos que, como tú, lo son de alma y de ojos.

Tiresias.— Pobre Edipo, sobre tus espaldas estás cargando esos agravios; pronto, todos los presentes los verán en ti. A ti volverá el eco de tus palabras.

Edipo.— Estás envuelto por la oscuridad. Ni a mí, ni a nadie con un atisbo de entendimiento puedes dañar.

Tiresias.— No está en mí procurar tu perdición, el destino será el que te golpee.

Edipo.— Me encuentro envuelto en la intriga. ¿Es Creonte o eres tú el intrigante?

Tiresias.— Creonte nada tiene contra ti, tú solo has tejido sobre la urdimbre.

Edipo.— ¿De qué sirven riqueza, imperio y sabiduría? Cuando la envidia intriga, ¿de qué sirven los dones? El resplandor del oro deslumbra a los que andan al acecho. No fui yo quien pidió el trono, la ciudad me lo ofreció sin yo buscarlo. Y ahora... Creonte, el buen amigo... *(Esto último con ironía.)* Intriga, espera mi caída, busca alzarse sobre mí en el trono y envía al intrigante... sólo experto en mentiras y embustes. Envía para mi perdición a este ciego embaucador que únicamente en el dinero puede fijar su mirada. Adivinas las prebendas que recibirás cuando la conspiración culmine y Creonte, sentado en el trono, reine sobre Tebas. Tan sólo de tu beneficio eres clarividente. ¿Cuál es tu ciencia? ¿Dónde estabas cuando la esfinge sojuzgaba a la ciudad con sus cantos? ¿Quién vino a descifrar sus enigmas sino yo? ¿Dónde estabas tú entonces? Y, sin embargo, yo, Edipo, el que, según tú, permanece en la ignorancia; recién llegado fui capaz de descifrar los enigmas sin recurrir al canto de las aves ni a ningún otro arte, con la sola ayuda de mi inteligencia. Y ahora tú y el instigador Creonte intentáis desplazarme. No os será fácil; de no ser como eres un anciano, de mis propias manos sufrirías el castigo que tu atrevimiento merece.

Corifeo.— A todos nos parece que tanto sus reproches como los tuyos han sido guiados por el furor y la ira. Y no es esto lo que ahora necesitamos; en estos momentos de desolación es tiempo de encontrar solución a los oráculos de los dioses.

Tiresias.— Rey eres, pero yo no soy esclavo, como ciudadano me asiste el derecho a la réplica. No debo ni busco el favor de Creonte, y dado que te has burlado de mí por mi condición de ciego, esto voy a decirte: tú que puedes mirar no ves en que desgracia estás hundido, ni cuál es tu vida ni con quién cohabitas ¿Sabes de quién eres hijo? Doble maldición arrastras: la de una madre y la de un padre. Serás expulsado de esta tierra y si hoy miras sin ver, llegará el momento en que ni mirar podrás cuando más veas, porque en tus ojos se harán las tinieblas ¿Dónde irás entonces? ¿Qué tierra te acogerá? ¿Qué monte se verá libre del eco de tus lamentos? Esa boda que sueñas venturosa es la fuente de tus desgracias; en ti y en los tuyos se acumularán los infortunios. Sigue denigrando a Creonte, sigue censurándome e insultándome hasta cansarte; porque a ningún mortal habrá azotado el destino con tanta violencia como lo hará contigo.

Edipo.— ¿Es posible escuchar tales cosas sin irritarse? ¿Debo oírte sin hacerte pagar por tus palabras? ¡Fuera de mi presencia! ¡Vuelve a la casa de la que nunca debiste salir! ¡Vete y no vuelvas jamás!

Tiresias.— Nunca habría venido de no haber sido llamado.

Edipo.— ¿Iba ya a mandarte venir hasta mi casa de saber las locuras que ibas a proferir?

Tiresias.— ¿Me tomas por un loco? No es esa la consideración que de mí tenían tus padres.

Edipo.— ¿Mis padres? ¿Qué sabes de mis padres? ¿De quién soy hijo?

Tiresias.— El día de hoy te abrirá los ojos y te los cerrará.

Edipo.— Son enigmáticas tus palabras. ¿No hablarás nunca claro?

Tiresias.— Eres diestro en descifrar enigmas, usa de tu don para ponerlas en claro.

Edipo.— Me lo reprochas cuando de ello nació mi grandeza.

Tiresias.— Fue ese, tu éxito, el que te hundió en la miseria.

Edipo.— Con ello salvé a la ciudad.

Tiresias.— Entonces vámonos. Muchacho, guíame.

Edipo.— Mejor, aquí sólo eres un obstáculo inoportuno. Marchándote, acabarás con mi sufrimiento.

Tiresias.— Me iré, pero no antes de expresar aquello por lo que vine. Sin que me amedrente tu mirada pues no está en ti procurarme la ruina. Buscas al asesino de Layo: él está entre nosotros. Aparentemente será uno de fuera el que vino a matarlo y con nosotros convive, pero pronto se advertirá que es natural de Tebas. No será grato para él, pues, tras de ver, quedará ciego; y mendigo, tras dejar atrás su riqueza; saldrá del país tanteando el suelo mediante un bastón. Sabrá que es a la vez padre y hermano de sus propios hijos; y de aquella de quien nació: esposo e hijo; y para su padre: fecundador de su esposa y su asesino. Y ya he dicho aquello que quería callar. Ahora, entra a tu palacio y reflexiona sobre todo lo hablado. Si me encuentras mentira podrás proclamar que me falta la ciencia de la clarividencia.

*Tiresias sale de escena y Edipo entra al palacio.*

Coro.—

¿A quién señala el oráculo de Delfos?

¿Quién es capaz de ejecutar tan tremendos hechos que a repetir con palabras no me atrevo?

Tiempo tiene de huir en el más veloz de los caballos, pues estamos en el punto de que

el hijo de Zeus carga rayos y relámpagos.

Desde las cumbres del nevado Parnaso de los dioses se urge para localizar la huella del homicida.

Puede encontrarse escondido en la profundidad del bosque o correr entre los montes como enloquecido toro sin manada.

Podrá intentar huir de los augurios de los oráculos; pero a estos, siempre los encontrará revoloteando en torno a él.

Temibles son los augurios del anciano clarividente.

Amedrentan mi espíritu.

No puedo dar crédito a tan terribles palabras ni desecharlas como falsas.

¿Cómo poder fallar contra Edipo tan solo por rumores?

Zeus y Apolo son concedores de la verdad.

Pero entre hombres..., ¿cómo dar crédito a las palabras de uno frente a las de otro?

¿No debe la verdad tener un camino único?

Cómo dar crédito a un hombre afamado en la verdad, frente a otro con parecidos meritos.

Claros deben de ser las pruebas para que tome partido frente a las terribles acusaciones que he escuchado.

*Entra Creonte en escena.*

Creonte.— Ciudadanos, hasta mí han llegado las acusaciones del rey Edipo, no puedo tolerarlas y aquí vengo a afrontarlas. Si él piensa, si alguien puede pensar que de palabra o hecho, algo tengo que ver con las posibles desgracias del rey Edipo, en nada apreciaría mi vida; pues, ¿cómo podría vivirla siendo considerado por amigos y ciudadanos autor de actos tan ruines? Calumnias son, y para demostrar que solo eso son, ante vosotros me presento. ¿Cómo pudo el rey Edipo proferir tales injurias contra mí?

Corifeo.— Fueron producto de la ira, no del pensamiento sosegado.

Creonte.— ¿No me acusa de poner palabras falsas en boca del clarividente Tiresias?

Corifeo.— Eso dijo, pero desconozco los motivos que a ello le llevaron.

Creonte.— ¿Con mirada firme, en pleno juicio lanzó la acusación?

Corifeo.— No nos es dado conocer el sentir de nuestro rey; pero justo aquí viene, él podrá darte respuesta.

Edipo.— ¿Aquí vienes? Tú, el instigador de la intriga; seguro, el asesino que se busca y ahora intrigante que sobre mi trono quieres alzarte. ¿Tan desprovisto de entendimiento me has visto que me has considerado incapaz de advertir de que mano provenía el golpe? ¿Tan débil de espíritu que me consideras incapaz de dar justo castigo al atrevimiento? ¿Pensabas que te resultaría fácil culminar el complot contra mi regencia? ¿Crees lúcido lanzar el ataque contra mí, sin tropas ni partidarios, tan sólo con un insensato ardid?

Creonte.— Cálmate, atiéndeme y escucha; después juzga.

Edipo.— Dame clases de tu retórica, al parecer, soy lento en entender tus tramas.

Creonte.— Primero escúchame.

Edipo.— ¿Vas a negarme que eres un ser miserable?

Creonte.— ¿De verdad piensas que de algo sirve tu arrogancia? Sin razones en qué fundamentarla no es acertada.

Edipo.— Si piensas que traicionando a la familia no recibirás castigo, soy yo quien estoy frente a un insensato.

Creonte.— Merecedora de castigo sería tal acción; pero primero, la traición, deberás demostrarla.

Edipo.— ¿No me convenciste, mediante consejos, para que ante mí se presentase el clarividente Tiresias?

Creonte.— Así fue y aun ahora continúo en la misma opinión.

Edipo.— ¿Cuánto tiempo hace que layo...?

Creonte.— ¿Layo? ¿Adónde quieres ir a parar?

Edipo.— ...fue asesinado?

Creonte.— Hace tiempo, han pasado los años.

Edipo.— En ese tiempo, el clarividente... ¿ya daba muestras de su ciencia?



Creonte.— Ya era estimado por su saber.

Edipo.— ¿En aquel tiempo hizo mención de mí?

Creonte.— Que yo sepa, y con seguridad, no, nunca.

Edipo.— ¿No se indagó, por entonces, sobre la muerte de Layo?

Creonte.— Se indagó y nada se logró saber.

Edipo.— Dime pues: ¿Por qué, entonces, no declaró el vidente lo que ahora proclama?

Creonte.— Lo ignoro, sobre eso nada puedo decirte.

Edipo.— En lo que a continuación te preguntaré sí podrás contestarme pues es concerniente a ti.

Creonte.— Si lo sé, he de decírtelo.

Edipo.— Di pues que el adivino nunca habría mencionado mi nombre de no haberse puesto de acuerdo contigo.

Creonte.— ¿Así lo piensas? Responde entonces tú a mis preguntas.

Edipo.— Pregunta cuanto quieras, nada te conducirá a considerarme el asesino.

Creonte.— Te casaste con mi hermana y con ella continuas unido en matrimonio.

Edipo.— Cierto, cómo negar esto.

Creonte.— Accediste al reinado por derechos de ella y como iguales gobernáis la ciudad.

Edipo.— Los mismos derechos le tengo asignados a ella que a mí mismo.

Creonte.— ¿Y no soy yo tercero, junto a vosotros dos, con iguales derechos?

Edipo.— Así es, y eso te convierte en el peor de los amigos.

Creonte.— Eso no es así. Piensa conmigo, considera primero mi situación. ¿Quién quiere vivir en la zozobra si puede dormir tranquilo y con iguales derechos? ¿Qué ganaría yo ascendiendo al trono? Estoy a tu lado y de tu confianza gozo. ¿Quién quiere un trono si goza de sus derechos sin sufrir sus penas? Necio sería si anhelase entronizarme sin aumentar mis beneficios; cambiar mi vida tranquila por otra de preocupaciones. Me basta la razón para no ser un traidor. Ni albergo la ambición por el trono, ni tengo tratos con quienes pudieran ambicionarlo. Queda tranquilo, manda un emisario al oráculo, que los dioses te digan la verdad de mis intenciones. Consulta a los dioses, y si ellos dictaminan que algo tengo que ver con intriga alguna, dadme muerte. Pero no me condenes por meras sospechas, no cargues sobre mis espaldas fama de traidor sin pruebas de ello. El tiempo te ha de enseñar; tan solo el tiempo dice cuándo un hombre es honrado, en tanto que al traidor un único día sobra para descubrirlo.

Corifeo.— Bien ha hablado en su defensa, no le faltan razones, las solas sospechas en un juicio apresurado pueden conducir al error.

Edipo.— Cuando la traición avanza presurosa, debo yo, también, ser apresurado en los juicios. Si titubeo en estos momentos estaré perdido y los intrigantes habrán alcanzado sus objetivos.

Creonte.— ¿Vas, pues, a desterrarme tan solo por sospechas?

Edipo.— Eso es poco para tu traición, Únicamente tu muerte me dará satisfacción.

Creonte.— Cuando demuestres la razón de tu odio.

Edipo.— Te enfrentas a mí, te sublevas.

Creonte.— Te falta la razón.

Edipo.— No lo entiendo así.

Creonte.— Yo así lo entiendo.

Edipo.— Porque eres un conspirador.

Creonte.— Estás ofuscado.

Edipo.— Aun así, a un rey se le obedece.

Creonte.— No, si reina en el desatino.

Edipo.— ¡A mí, la ciudad!

Creonte.— La ciudad también es mi compañera.

Corifeo.— La reina sale, paren la contienda, ella será mediadora entre soberanos.

*Yocasta sale de palacio y entra en escena, interponiéndose entre ambos.*

Yocasta.— Parad insensatos, la ciudad agoniza y vosotros os enfrentáis vanamente. ¿No os ruboriza gritar y discutir cuando las desgracias se suman y amontonan? ¿Prevalecen, en vosotros, diferencias, cuando la ciudad más necesita de vuestra cordura? Regresa, Edipo, a palacio; y tú, Creonte, parte hacia tu casa; no seáis causa de más infortunios.

Creonte.— Edipo, tu esposo, me ve como conspirador de mil intrigas, busca para mí entre dos castigos: el destierro o la muerte.

Edipo.— Cierto es, y por un motivo: he descubierto la intriga que contra mí tramaba.

Creonte.— No, maldíganme los dioses si he intrigado, si parte de mí se ha movido en su contra.

Yocasta.— Edipo, créele. ¿No te contiene el juramento que ante mí y ante todos los aquí congregados ha hecho a los dioses?

Corifeo.— Desiste. ¡Oh rey, escucha su voz! Es nuestro ruego.

Edipo.— ¿Desistir? ¿De qué debo desistir?

Corifeo.— Considera las palabras del amigo. Si antes podían considerarse vanas, ahora, con su juramento, las ha elevado a lo más alto.

Edipo.— ¿Sabéis lo que me estáis pidiendo?

Corifeo.— Lo sabemos.

Edipo.— Decidlo claramente.

Corifeo.— Es familia y amigo, y se ampara en grave juramento: no lo acuséis por vagas sospechas.

Edipo.— Pensad lo que me estáis pidiendo: me condenáis, a mí, a la muerte o al destierro.

Corifeo.— No, nunca será esa nuestra intención. Se ponga el gran dios, el dios sol, por testigo, ningún daño te deseamos, nos mueve el no unir a las desgracias presentes, otra nueva. Miles de miserias asolan la ciudad y temo esta otra que vosotros iniciáis.

Edipo.— Váyase pues tranquilo, aunque eso signifique mi muerte o mi destierro. Pero es vuestro hablar lastimero lo que me conmueve y no su fácil palabra. Donde quiera que esté llevará mi repulsa.

Creonte.— Resuelves a mi favor, pero cegado por la ira no renuncias a tu odio. Carácter como el tuyo no atormenta a nadie más que a ti mismo.

Edipo.— Cuándo partirás para así, yo, quedar en paz.

Creonte.— Me voy, ya me voy. Sin tu reconocimiento; pero con el de todos los presentes.

*Creonte sale de escena.*

Corifeo.—Señora, ¿No sería conveniente que el rey entrara en palacio?

Yocasta.— No antes de conocer lo sucedido.

Corifeo.— Palabras vanas, suposiciones; pero siendo infundios siempre ofenden.

Yocasta.— ¿De ambas partes?

Corifeo.— Así es.

Yocasta.— Sobre qué asunto.

Corifeo.— Dejémoslo estar, cuando la ciudad sufre tantas calamidades no es tiempo de agregar otra.

Edipo.— Demuestras prudencia; pero..., ¿sabes a dónde me conduce tu prudencia? ¿Debo olvidar mi coraje y asumir por buenas las palabras del adivino? ¿Así me demuestras tu estima?

Coro.— Ya lo he dicho y ahora lo repito. Alta en mi estima hacia ti. Insensato sería de retirar la confianza en ti depositada. Nos guiaste cuando nos abrumaba la aflicción y ahora sigue siendo nuestro deseo que seas nuestro guía.

Yocasta.— Por los dioses, explicadme a mí, también, el motivo de tu cólera.

Edipo.— Cómo ocultártelo, a ti sobre todos estimo. Creonte es la causa, sus maquinaciones en contra mía han sido.

Yocasta.— Explícate, sé claro en tus imputaciones.

Edipo.— Intenta hacerme pasar por el asesino de Layo.

Yocasta.— De él mismo has oído tal acusación o por boca de otros.

Edipo.— Se valió de un adivino. Por su consejo lo traje hasta aquí para injuriarme. Él bien se cuida de no comprometerse con su fácil palabra.

Yocasta.— ¿Un adivino?... Olvida sus imputaciones, que no te causen preocupación. ¿Adivinos?: engaños. Ningún hombre entiende sobre el futuro que es cosa, sólo, de los dioses. Y esto puedo probártelo muy fácilmente: Un día le llegó a Layo un augurio, no fue del propio Apolo sino de sus sirvientes: Su destino, se vaticinaba, sería morir a manos de un hijo que lo sería suyo y mío. Ese oráculo fue causa de nuestra mayor desgracia pues un hijo hubo fruto de nuestra unión. No pasaron tres días de su nacimiento cuando Layo, asustado por el augurio, lo entregó, con los pies unidos por un gancho de hierro, a terceros para hacerlo desaparecer en un monte desierto. Es por todos conocido que Layo murió a manos de extranjeros, no fue su hijo sino salteadores quienes le dieron muerte en un cruce de caminos, así se dijo entonces y aun hoy así se comenta. No se cumplió el oráculo que tanto temió Layo: así de ciertos son estos. Cuando los dioses nos reservan un destino no necesitan de intermediarios para hacérselo llegar.

Edipo.— Qué turbación azota a mi espíritu oyendo tus palabras.

Yocasta.— ¿Qué, esposo mío, mis palabras han podido provocar tu inquietud?

Edipo.— Acabo de oírte decir que Layo murió en un cruce de caminos.

Yocasta.— Eso se dijo entonces y aun hoy así se cree.

Edipo.— ¿Se conoce exactamente el lugar?

Yocasta.— En el cruce donde se unen los caminos de Delfos y Dáulide.

Edipo.— En qué tiempo fue el suceso.

Yocasta.— Días antes de que tú, llegado a la ciudad, nos librases de la esfinge y subieses al trono.

Edipo.— Zeus, dioses, que destino me tenéis reservado.

Yocasta.— Por qué esa tu aflicción, Edipo.

Edipo.— No me preguntes aún; pero dime: ¿qué aspecto tenía Layo?

Yocasta.— Alto, sus cabellos comenzaban a volverse canos, poco se diferenciaba de tu actual aspecto.

Edipo.— ¡Ay desventurado! Me he apresurado a lanzar mil maldiciones contra mí mismo.

Yocasta.— Me atemoriza ver tu rostro y oír tus palabras.

Edipo.— Palidezco tan solo de pensar que el adivino veía, y veía con claridad. Pero, sigue respondiendo a mis preguntas, éstas pueden aclarármelo todo.

Yocasta.— Sigo atemorizada, pero responderé a lo que quieras preguntarme.

Edipo.— ¿Iba solo? ¿Cuántos acompañaban a Layo?

Yocasta.— En total cinco componían el séquito: una carroza llevaba a Layo.

Edipo.— Todo lo veo claro como el día. Pero dime, mujer, quién dio noticia de su muerte.

Yocasta.— Un único superviviente, un criado, vino a darnos la noticia.

Edipo.— ¿Dónde encontrarlo? ¿Vive aún? ¿Aún se halla en la casa?

Yocasta.— No, porque al volver, tras informarnos de la muerte de Layo y verte entronizado, me rogó que le dejara volver a pastorear al campo. “Lo más lejos de la ciudad que pudiese”: así me dijo. Y eso le concedí pues, aun siendo esclavo, merecedor era de eso y aun más que hubiera pedido.

Edipo.— Quiero verlo. ¿Puede regresar?

Yocasta.— Claro que podrá, y así se hará; pero, ¿por qué tanto interés en verle?

Edipo.— Me temo que he hablado mucho: demasiado. Impaciente, espero su presencia.

Yocasta.— Sin duda vendrá; pero ¿Vas a decirme la causa de tu ansiedad?

Edipo.— ¿Cómo no? Quién mejor que tú, mi querida esposa, para recoger mis angustias, a quién mejor exponerle mis temores. Pólipo rey de Corinto fue mi padre y Mérope de la estirpe Doria mi madre. Era el primero de los ciudadanos hasta que un incidente vino a turbar mi existencia. Fue en una fiesta, uno de los invitados, casi a su término, ya ebrio, vino a decir que era hijo adoptado de mis padres. Turbado, no tardé en buscar el medio para aclarar tal afirmación, y no dejé transcurrir un día sin recurrir a mis padres para ello. Ellos dirigieron duros reproches

contra el que afirmó tales cosas y ellos me aseguraron ser mis auténticos padres. No obstante, no quedé tranquilo; la duda me agujoneaba el alma y mis pasos se encaminaron hacia un oráculo; pensé que en él encontraría cumplida respuesta. Y aunque nada sobre estos hechos oí de la pitonisa, ésta lanzó contra mí un terrible vaticinio: tendría relaciones con mi madre, de estas relaciones resultaría una estirpe abominable, y si esto no fuese suficiente, también vaticinó el que yo sería autor de la muerte de mi padre. ¿Cómo sufrir tal destino? ¿Cómo permitir el convertirme en amante de mi madre y asesino de mi padre? Huí guiado por las estrellas, dejando que éstas me alejasen de Corinto, me llevaran al sitio donde tan terribles vaticinios no pudieran cumplirse. Así fue como vagabundeando alcancé estas tierras de Tebas. Pero días antes, esas mismas estrellas me habían llevado hasta donde tú ahora dices que murió el rey Layo. A ti, mujer, debo contarte toda la verdad. Al avanzar hacia el cruce de caminos di de cara con una comitiva. El heraldo me apartó del camino con violencia y yo, cegado por la ira, le asesté un golpe. Me hallaba ya frente al carruaje que portaba al anciano cuando éste, sin mediar palabra, me golpea en la cabeza con su fusta. Con mi bastón de un certero golpe lo dejé tendido en el suelo: muerto. Y como un relámpago, de igual modo, di muerte a los demás. ¿Comprendes ahora mi zozobra? ¿Y si aquella comitiva era la del rey Layo? ¿Quién hay más aborrecible que este hombre que os habla? Di muerte al rey y mancillo su lecho con las mismas manos que le dieron muerte: ¿Puede haber hombre más infame?. Nadie habrá que en su casa me acoja, nadie que me dirija la palabra; y no fue otro sino yo mismo quien lanzó tales maldiciones. Debo partir al destierro, renunciar a ver a mis seres queridos, errar por montes y caminos lejos de los míos, pues ni el consuelo de volver a mi tierra me queda; ¿cómo volver a ella y facilitar que el vaticinio se cumpla?: que me suba al lecho de mi madre y asesine al que me crió y me dio la vida. Nunca vean mis ojos tan infames excesos. ¿Qué dios hostil ha reservado tal cúmulo de desgracias para un solo hombre? ¿Qué dios se complace en reservarme un destino tan adverso?

Corifeo.— Turbados estamos ante la posible certeza de los hechos que narras; pero, ¡oh soberano!, nada está probado, mantén la esperanza hasta la llegada del criado.

Edipo.— En él conservo la última esperanza, que él diga lo que quiero oír para quedar liberado de culpa.

Yocasta.— ¿Y qué es eso que él podría decir?

Edipo.— Confirmar que fueron varios los que dieron muerte al soberano. Has hablado de bandidos, de ser así, uno no puede ser varios, y si fue un grupo de bandidos el que le dio muerte yo quedaría fuera del suceso. Pero si afirma que fue uno quien perpetró el delito..., probada quedará mi culpa.

Yocasta.— La ciudad entera pudo oírlo, eso proclamó, que fueron varios los bandidos. Por todos fue oído. Pero supongamos que se desdice, que ahora afirma lo contrario: que solo fue uno. Tampoco podríamos darlo por probado.

Edipo.— Quedan las palabras del adivino.

Yocasta.— Que no tendrían mucho valor. El oráculo afirmó que Layo moriría a manos de su propio hijo, eso fue dicho por otro adivino y no se cumplió. Pobre hijo, moría poco después de nacido, y es conocido de todos que fueron extranjeros quienes dieron la muerte a Layo. Así es que ninguna prueba es para mí los augurios de un adivino; si no se cumplieron los antiguos, ningún crédito daré a los nuevos.

Edipo.— Juzgas bien, así quiero pensarlo, aun así envía a alguien para hacer venir al criado.

Yocasta.— Sea que tú así lo quieres para que sin demora envíe a por él. Pasemos ahora a casa.

*Entran en palacio.*

Coro.—

Tenga yo la ventura de guardar siempre la pureza de palabras y obras.

La soberbia engendra al tirano.

El orgullo excesivo es enemigo de la prudencia;

eleva a las más altas montañas para, seguidamente, dejarte caer al más bajo de los valles.

Y si alguien, lleno de orgullo, sobrevuela las leyes de la vida; caiga

sobre él el castigo que su soberbia merece.

Si es tolerable, conducta tan desdeñable:

¿para qué se ha de participar en ritos y ensalzar con salmos a los dioses?

No, ya no, no habría que ir a Delfos.

No habría que peregrinar al santuario de Abe,

ni nada deberíamos buscar en el propio Olimpo.

Todo lo que es divino, caído por los suelos.

*Sale a escena Yocasta, se dirige al altar de Apolo llevando flores y una corona de laurel.*

Yocasta.— Nobles de estas tierras, me decido a ir ante el altar de los dioses con mis manos cargadas de ofrendas: flores, laurel y perfumes. Hundido en su desanimo, Edipo ya no es claro en sus pensamientos. Confundido por los acontecimientos pasados no es capaz de meditar sobre el devenir. Nada hay que lo aparte de su ofuscación. Ni mis palabras de aliento, ni exhortaciones a la esperanza consiguen sacarlo de su apesadumbrado animo. A ti Apolo, nuestro valedor, a ti vengo en busca de ayuda. Alcanza para nosotros la purificación de toda mancha. Que no nos veamos por más tiempo en este mar de turbulencias, asístenos hoy que vemos a nuestro timonel sumido en la incertidumbre, auxíliale para que a la ciudad gobierne con acierto.

*Entra en escena un mensajero.*

Mensajero.— Señores, a vosotros me dirijo: ¿podrías decirme cual es la mansión del rey Edipo? Y mejor, ¿dónde se halla en estos momentos?

Corifeo.— Estáis frente a su palacio, él en su interior se encuentra, y esa mujer que allí veis es la madre... la madre de sus hijos.

Mensajero.— Feliz seáis mujer, feliz seáis siempre y felices los que os rodean, pues estimable esposa sois siendo madre de su prole.

Yocasta.— Felicidad que devuelvo a persona tan cumplida. Pero decidme, si sois mensajero, ¿qué noticias traéis?

Mensajero.— Buenas noticias para la casa y especialmente buenas para el rey Edipo.

Yocasta.— ¿De dónde nos traéis las noticias y cuáles son éstas?

Mensajero.— Vengo de Corinto y gratas son las noticias; ciertamente tristes, pero a la postre afortunadas.

Yocasta.— Qué noticia puede ser esa que a la vez sea triste y afortunada.

Mensajero.— En Corinto han proclamado rey a tu esposo Edipo.

Yocasta.— ¿Qué ha sido pues del hasta ahora rey Pólipo?

Mensajero.— Pólipo ha muerto y ya descansa en su tumba.

Yocasta.— ¿Dices que Pólipo ha muerto? ¿Puedo creerlo?

Mensajero.— Que el muerto sea yo si lo dicho no es lo cierto.

Yocasta.— *(A alguno de los presentes o a todos)* Corred, pronto, el rey debe enterarse; rápido, hacedle llegar la noticia.

*Alguien puede salir de escena entrando rápido a palacio. (No es imprescindible.)*

Yocasta.— ¡Oh dioses! ¿Qué es de vuestros vaticinios? En tiempos Edipo huyó de su tierra, temeroso, para no ser el asesino de su padre. Y ahora éste yace muerto por el destino sin que su hijo haya levantado la mano contra él.

*Sale a escena Edipo.*

Edipo.— Noble Yocasta, amada esposa, ¿A qué me hacéis salir?

Yocasta.— Escucha lo que este mensajero viene a decir, observa lo que oigas y veras en que quedan los vaticinios divinos.

Edipo.— ¿Quién es? ¿De dónde viene?

Yocasta.— De corinto, de allí trae noticias. Pólipo, tu padre, ha muerto.

Edipo.— ¿Pólipo muerto? *(Al mensajero)* ¿Qué noticias traes? Quiero oírla en tus palabras.

Mensajero.— Primero decir que el Rey Pólipo ha muerto.

Edipo.— Muerto Pólipo... ¿Producto de una traición o por enfermedad?: esto me importa.

Mensajero.— A los cuerpos viejos la mínima dolencia les son de gran peso.

Edipo.— De enfermedad, entiendo.

Mensajero.— La edad. Su larga edad, por sí sola, pudo acabar con él.

Edipo.— Mucho lamento la muerte de mi padre, pero me libera de zozobras. ¿Quién volverá la vista a los vaticinios para acusarme de muerte alguna? Ellos predijeron que yo daría muerte a mi padre: ¿En qué quedan sus augurios? Lejos estoy de Corinto y mi padre ahora está bajo tierra sin que yo haya levantado mi mano contra él. Pudiera decirse que murió de pena por yo marcharme, y así, sería responsable de su muerte. También habría quien pudiera acusarme de instigador de intriga o complot; pero ha sido la naturaleza de todo ser vivo la que le ha acercado a la muerte. Pólipo ya está en el Hades y se llevó consigo los augurios que pesaban en mis espaldas.

Yocasta.— ¿No te avisé sobre los vaticinios?

Edipo.— Sí me avisaste, pero el miedo anidaba en mi corazón.

Yocasta.— Ahora ya nada puede turbarte.

Edipo.— ¿Nada? ¿Cómo no temer el cohabitar con mi madre?

Yocasta.— Para qué hombre sensato puede infundirle eso temor. La vida sigue su rumbo según las normas de azar, no hay vaticinios que rijan tu destino, ya lo has comprobado. Cómo temer la posibilidad de boda con tu madre, ya otros han soñado el casarse con su madre, pero han seguido su vida y el azar les ha guiado. Sólo el que no teme tales designios vive su vida sensatamente.

Edipo.— Y sensato es todo lo que expresas; pero estando viva la que me dio el ser es preciso que siga hundido en mis temores.

Yocasta.— Tu padre ya está enterrado. Si en esto no formaste parte, ¿por qué has de sufrir lo otro?

Edipo.— Con todo, ella vive y estoy temeroso.

Mensajero.— Si es de conocer ¿Qué mujer os infunde tanto temor?

Edipo.— Mérope, la esposa de Pólipo.

Mensajero.— ¿Y cómo puede inspiraros tanto temor?

Edipo.— Por un vaticinio divino, un terrible vaticinio.

Mensajero.— ¿Cabe saberse o conviene mantenerlo en secreto?

Edipo.— Un antiguo vaticinio me condenaba a matar a mi padre con mis propias manos y a acostarme en el mismo lecho que mi madre. Esta es la causa de que me veas tan alejado de Corinto, mi tierra; la causa de que de ella saliera huido y, aunque buena ha sido mi suerte en esta tierra, Tebas, triste también ha sido permanecer alejado de los ojos de mis padres.

Mensajero.— ¿Eso te alejo de Corinto?

Edipo.— No quise ver en mis manos la sangre de mi padre.

Mensajero.— Todo este tiempo desterrado por... Y ahora con la muerte de tu padre...

Edipo.— No volveré.

Mensajero.— En Corinto se te espera para proclamarte rey.

Edipo.— No quisiera que el vaticinio...

Mensajero.— No te ha tranquilizado la nueva que he traído.

Edipo.— No quisiera que se cumpliera en alguno de sus puntos.

Mensajero.— No deberías temer...

Edipo.— Queda el lecho de mi madre.

Mensajero.— No estás hablando con acierto. Si supieras... Advertirías lo equivocado que has estado en tus temores.

Edipo.— ¿Qué debo saber? ¿Qué sabes que yo ignoro?

Mensajero.— ¿Has estado lejos de tu hogar por temor a mancillarte con delitos cometidos contra tus padres?

Edipo.— Así es. Jamás me permitiré cometer tales infamias.

Mensajero.— Debes saber que temes sin razón. No es de Pólipo la sangre que corre por tus venas

Edipo.— Estás diciendo que no soy hijo de Pólipo.

Mensajero.— Tan hijo suyo como podrías serlo mío.

Edipo.— Cómo puede igualarse el que nada le debo a quien me dio el ser.

Mensajero.— De mis propias manos te recogió Pólipo.

Edipo.— Siempre me trató como hijo propio.

Mensajero.— Sin posibilidad de tener descendencia, así siempre te consideró: como hijo propio.



Edipo.— Y, ¿cómo tú me diste?

Mensajero.— De manos de un tercero te recogí. Era pastor, ocurrió que apacentando los rebaños en un lejano paraje vine a salvarte la vida.

Edipo.— ¿Qué dolencia tenía? ¿Qué me habría matado?

Mensajero.— Tus pies son muestra de aquel episodio.

Edipo.— Cierto, los tengo deformados, desde que tengo recuerdo así los tengo: ¿cuál es la explicación?

Mensajero.— Yo mismo quité el gancho de hierro que los unía.

Edipo.— Maltrato de la infancia del que aún conservo la señal. Pero dime: ¿cómo me encontraste en tales circunstancias?

Mensajero.— De un tercero os recogí.

Edipo.— ¿Quiénes son, pues, mis padres? ¿Quiénes me engendraron?

Mensajero.— A eso no te puedo dar respuesta, de las manos de otro pastor pasaste a las mías.

Edipo.— ¿Y quién era ese, no puedes ser más claro?

Mensajero.— Pastor de Layo.

Edipo.— ¿Layo? ¿El que fuera rey de estas tierras?

Mensajero.— Ciertamente, ese era su señor.

Edipo.— ¿Y puedo verle? ¿Está aún entre nosotros?

Mensajero.— Eso, mejor podrán decírtelo estos, ciudadanos de Tebas.

Edipo.— ¿Hay quien conozca de qué pastor se trata? ¿Hay entre los presentes quién sepa de este asunto?

Corifeo.— Podría tratarse del mismo que no hace mucho pedías que trajeran a tu presencia, pero aquí está Yocasta, ella mejor que nadie sabrá de quien se trata y podrá informarte.

Edipo.— Mujer, ¿Sabes si se trata del mismo hombre?

Yocasta.— ¿Qué buscas con remover acontecimientos tan lejanos? Se trate del mismo o de otro, ¿qué importancia tendría lo que pudiera ahora decir? No tengas en cuenta palabras de hechos tan remotos.

Edipo.— Si he llegado hasta aquí, no voy a parar estando en disposición de conocer mi verdadero origen.

Yocasta.— No, por los dioses, para aquí, no continúes. Si en algo te estimas, para y no continúes.

Edipo.— No deberías preocuparte; aunque resuelva que pertenezco a una estirpe de esclavos, ningún menosprecio resultaría para ti.

Yocasta.— Sea suficiente mi dolor, no prosigas.

Edipo.— No comprendo tu temor.

Yocasta.— Te digo que hagas lo sensato. Sabiendo lo que sé, te aconsejo lo mejor para ti.

Edipo.— Me molesta esa actitud tuya. Estás temerosa por mi origen.

Yocasta.— Desdichado, nunca llegues a conocer quién eres en verdad.

Edipo.— Id en busca del pastor, apresurad su llegada.

Yocasta.— Desdichado y siempre desdichado. Ya de otra forma no puedo llamarte.

*Yocasta, entrando rápidamente en palacio, sale de escena.*

Corifeo.— Esa mujer ha entrado en casa cegada de dolor; ¿Por qué, Edipo? Temo que su penoso silencio estalle en una tormenta de calamidades.

Edipo.— Salte todo por los aires, debo conocer mi origen ahora que lo tengo cerca de la mano. Sin duda, intenta salvaguardar su noble estirpe, teme de mí un origen vergonzoso. Soy hijo de la fortuna, de esa madre nací, ella ha conducido mi vida, el tiempo ha sido mi familia, los años me han hecho insignificante y me han hecho sobresaliente. No seré otro distinto del que soy sea cual sea mi origen.

Coro.—

Quiero adivinar, usar de mi intuición.

¿Quién te dio la luz? ¿Quién te engendró tras tener relaciones con qué dios?

¿Fueron ninfas? ¿Compañeras de algún dios?

¿Fue Pan, el dios de pastores y ganados, tu progenitor?;

él recorre ágil campos y montañas.

Tal vez fue Hermes que sobre el Cilena gobierna.

Tal vez Baco en uno de sus juegos fue cuando te engendró.

¿O eres del mismo Apolo?

*Entra en escena el anciano pastor conducido por dos esclavos.*

Edipo.— Pronto lo sabremos, necesario es que éste que se acerca sea el mismo que menciona el mensajero, es igualmente anciano, su misma edad tiene; Pero vosotros, mejor, conoceréis si se trata del mismo.

Corifeo.— Lo reconocemos como tal, criado de Layo fue, y de los más fieles que tuvo.

Edipo.— Ahora te pregunto a ti, extranjero: ¿Se trata del mismo hombre del que nos has hablado?

Mensajero.— Él es ciertamente, el que ahora tienes frente a ti.

Edipo.— *(Al pastor)* A ti te pregunto anciano: ¿Fuiste siervo de Layo?

Pastor.— Así es, en su casa nací.

Edipo.— ¿A qué hacienda dedicabas tu vida?

Pastor.— La mayor parte del tiempo lo dediqué a pastorear los ganados de mi amo Layo.

Edipo.— ¿Y en qué lugares desarrollabas tu faena de pastoreo?

Pastor.— En el monte Citerón unas veces y en otros lugares cercanos a éste en otras.

Edipo.— ¿Llegaste a conocer a éste que tienes enfrente?

Pastor.— Podría ser, pastoreando llegué a conocer a no pocos y los recuerdos los conservo confusos.

Edipo.— ¿Tuviste trato con él? ¿Puedes recordarlo?

Mensajero.— De asunto tan antiguo yo podría ayudarle a recordar. Bien puedes recordar que en tiempos remotos andábamos juntos por las laderas del Citerón, tú con tus rebaños y yo con el mío pasábamos los veranos. Bien pudieron ser tres las primaveras que coincidimos en esos parajes. Llegado el invierno tú partías para los apriscos de Layo y yo para los míos propios. ¿Es o no cierto esto que digo?

Pastor.— Así puedo recordarlo ahora; pero, pasó tanto tiempo...

Mensajero.— Otra cosa más te diré: ¿recuerdas que en una ocasión me diste un niño, un recién nacido, y yo lo recogí para criarlo como mío propio?

Pastor.— ¿A qué viene esa vieja historia?, ¿a quién interesa tal asunto?

Mensajero.— Aquel niño de entonces es el hombre que hoy hecho rey tienes frente a ti.

Pastor.— ¿No caminas hacia la perdición? ¿No te estarás callado?*(Se dirige amenazante contra el mensajero.)*

Edipo.— ¡Quieto, anciano! Eres tú, por tus duras palabras, el merecedor de castigo.

Pastor.— En que falto yo a ti, el mejor de los reyes.

Edipo.— Nada dices sobre el niño que a éste diste.

Pastor.— El habla sin saber, no quiero yo dar el mismo servicio.

Edipo.— ¿No quieres hablar?

Pastor.— Él habla sin tino, no me obligues a que yo haga lo mismo.

Edipo.— ¿Hablarás entre lágrimas? ¿Tendré que azotarte?

Pastor.— ¿Azotarás a un pobre anciano?

Edipo.— ¿Le diste el niño a éste aquí presente?

Pastor.— Se lo entregué, sí. Mejor hubiera muerto ese mismo día.

Edipo.— Y morirás si no nos das detalles.

Pastor.— Más perderé si aclaro el suceso.

Edipo.— Eludes las preguntas, se ve que en nada quieres colaborar.

Pastor.— Si me preguntas por el niño, ya he respondido: sí se lo entregué.

Edipo.— ¿Era tuyo, o de quién lo tomaste?

Pastor.— No, no era mío, otro me lo entregó.

Edipo.— ¿Quién era ese otro?

Pastor.— Por los dioses, mi señor, no continúe su interrogatorio.

Edipo.— No te escaparás de mi ira si tengo que volver a preguntarlo: ¿de quién era el recién nacido?

Pastor.— De la casa de Layo.

Edipo.— ¿Era un esclavo? ¿Era pariente del propio Layo?

Pastor.— Ay de mí, la distancia no ha sido suficiente, estoy a punto de desvelar el despropósito.

Edipo.— Y es preciso que yo lo oiga.

Pastor.— Se comentaba que era hijo del propio Layo. Pero esto, tu mujer mejor podrá contártelo, ella ha de saber lo que en esto hay de cierto.

Edipo.— ¿Por qué ella ha de saberlo?

Pastor.— Ella misma me lo entregó.

Edipo.— Con qué propósito.

Pastor.— Hacerlo desaparecer.

Edipo.— ¿Hacer desaparecer a aquel al que de su propio seno acababa de dar el ser?

Pastor.— Se dice que por miedo a que se cumpliese cierto oráculo divino.

Edipo.— Y ¿cuál era ese oráculo?

Pastor.— Se afirmaba que él sería el asesino de su padre.

Edipo.— ¿Por qué entonces, no le diste muerte?

Pastor.— Movidado por la lástima se lo entregué a éste que está aquí. No pude darle muerte y se lo entregué para que lo llevara lejos, allí donde no le alcanzaran los oráculos. Si tú eres ese recién nacido con los pies unidos por el garfio de hierro y del destino, has de saber que eres el más infeliz de los mortales.

Edipo.— Ay, Ay. Todo ha resultado cierto. Ahora veo la luz y por última vez miro el sol. Todo ha quedado probado: Nací de quien no debía, me uní con quien nunca debería haber tenido trato y maté a quien jamás debí alzar la mano.

*Edipo sale de escena y entra ofuscado a palacio.*

Coro.—

Raza de mortales, poco es vuestro valor.

Vuestra vida la valoro en tan solo un instante.

Todo es un espejismo que sube y se alza en la más alta cumbre para caer,

seguidamente, en el más hondo de los abismos.

Desgraciado Edipo: eres el propio ejemplo de la vida humana. Cuando veo tu destino:

¿cómo llamar afortunado a alguno de los mortales?

Él, el que más alto voló.

El que consiguió fama, riquezas y mando.

El que habiendo derrotado a la doncella alada se elevó como nuestro soberano.

Edipo, proclamado rey, el primero de los ciudadanos de la noble Tebas.

Y ahora... ¿Quién más desdichado?

¿Quién soporta mayor carga de infortunios?

Subido en la más alta cumbre y hundido en el más hondo abismo.

El mismo puerto te sirvió de alegría y zozobra.

El mismo tálamo que te elevó te carga de infamias,

haciéndote padre e hijo a un tiempo,

siendo lecho de amor el que debería haberlo sido de madre.

Hoy todo queda al descubierto por el tiempo que todo lo ve.

Deja al aire la boda que nunca debió serlo,

donde engendrador y engendrado son la misma persona.

Hijo de Layo: ¡nunca te hubiera conocido como tal!

Si ahora lloro de tristeza, gimo y me lamento;

debo decir que fue gracias a ti que levanté la cabeza y descansé con sueño placentero.

*Sale del palacio un siervo, entrando en escena.*

Siervo. — Notables de la ciudad, gentes del país. Atentos a lo que vais a ver y oír. Jamás hubierais imaginado tan grandes desgracias y muchas serán vuestras penas si fieles, como siempre fuisteis, permanecéis a la casta de Lábdaco. Los más caudalosos ríos, unidas sus aguas, no lavarán esta casa sumergida en las más atroces desgracias; las conocidas y las que la luz del día desvelará.

Corifeo.— Dignos de llanto son los acontecimientos ya conocidos. ¿Qué mayores infortunios puedes aun desvelarnos?

Siervo.— Con estas palabras conoceréis la desgracia: ha muerto Yocasta, la noble reina.

Corifeo.— Pobre Yocasta. ¿Quién pudo darle muerte?

Siervo.— Ella misma se procuró su propia muerte. Lo más doloroso no lo han visto mis ojos, pero puedo dar testimonio de su triste final.

Enajenada entró a palacio y transitó rápida las estancias interiores hasta llegar a su aposento, donde ahora yace. Fuera de sí, tirándose con rabia de los pelos, fue a encerrarse en sus aposentos. Ya dentro y encerrada, a gritos pudimos oír como llamó a Layo, hace tanto tiempo muerto. Renegó del nefasto día que junto a él engendró al hijo. Entre llantos pudo oírse como condenaba el tálamo donde el que era hijo fue también padre de nuevos hijos. Gritaba angustiada por su incestuosa unión. Su fin no presencié pues en ese momento entraba Edipo envuelto también en lamentos, deambulaba por todo palacio, fuimos a asistirle: pedía a gritos una espada. Tal era su enloquecido ánimo que se entiende que un dios lo poseía y encaminaba sus pasos, pues su delirio le condujo hasta la puerta de la cámara nupcial; lanzándose sobre ella, saltó el cerrojo y bisagras, y cediendo las maderas se adentró en su interior. Allí estaba la desdichada Yocasta, colgada y balanceándose de una cuerda sujeta del techo: ahorcada con sus propias manos. Fue grande su dolor al verla ahí, colgada, sin un hálito de vida. Él mismo deshizo el nudo que la mantenía suspendida; y ya tendida sobre el suelo le vino a quitar los dos broches de oro que le adornaban el vestido. Alzó los dos broches, cada uno en una de sus manos, y con un movimiento rápido los clavó en sus mismos ojos. “No veréis, ojos, las desgracias que he sufrido y las que he causado. Lo que tratando de alejarme de mi destino no he logrado, lo lograré sumiéndome en la oscuridad”: esas fueron sus palabras mientras arremetía una y mil veces contra las cuencas de sus ojos ya vacías. La sangre que brotaba roja pronto se ennegreció apelmazada en sus

pómulos como si un manto de ignominia cubriera su rostro. De dos han sido los actos vergonzantes y a los dos ha alcanzado el lamentable desenlace. Lo que antes era bonanza y prosperidad hoy se ha tornado en desastre, calamidades y muerte.

Corifeo.— ¿Ha encontrado el desdichado un ánimo sosegado?

Sirvo.— Sigue en su locura, grita que se abran las puertas, que le ayuden a salir, que todos vean al parricida. Habla con palabras que yo jamás repetiría, pide salir de palacio y se entiende que busca para él el destierro; pero sin fuerzas y sumido en la oscuridad, solicita la ayuda de un lazarillo. Vosotros mismos seréis testigos de tan lamentable estado, puede oírse el correr de los cerrojos, las puertas se abren, hasta su mayor enemigo podrá compadecerse de él.

*Se ha oído el sonido de los cerrojos y las puertas se abren. Sale a escena Edipo con el rostro ensangrentado, ciego y exhausto.*

Corifeo.— Terrible sufrimiento el que la vista me ofrece, el más terrible de cuanto haya podido presenciar. ¿Qué locura se apoderó de ti? ¿Qué dios implacable te impulsó a procurarte tales heridas? ¡Ay desdichado! Ni siquiera me atrevo a mirarte. Quisiera preguntarte, ver con detenimiento tus sufrimientos; pero mi mirada no puede detenerse en tu rostro: tal es el pánico que me produces.

Edipo.— ¡Ay desdichado de mí! ¿Qué tierras conocerán mi exilio? ¿Qué silenciosos vientos escucharán mis palabras? ¿Qué destino siniestro me ha precipitado hacia este estado?

Corifeo.— Deplorable estado que ni oír ni ver le es agradable a mi ánimo.

Edipo.— ¡Ay oscuridad! La nube de desgracias se agranda sobre mí. Al dolor de mis males se suma el de mis recuerdos.

Corifeo.— ¿Quién duda que sumido en un mar de desgracias a éstas se suman las anteriores?

Edipo.— ¡Ay amigo! Así te reconozco, a lado mío te intuyo. Aun en medio de las mayores desgracias perseveras en tu amistad; aquí, junto a mí, aunque no logre verte.

Corifeo.— ¿Cómo te atreviste a dejar las cuencas de tus ojos vacías? ¿Quién te movió a acto tan temerario?

Edipo.— Apolo fue quien puso en mis manos las armas; él me obligó, cargándome de infortunios, a usarlas: ¿quién necesita de los ojos si es condenado a ver tan solo desgracias?

Corifeo.— Tal como lo dices, así es.

Edipo.— ¿Qué me queda por ver digno de aprecio? ¿Qué pueden escuchar mis oídos que me sirva de consuelo? Apartadme, alejadme de aquí, de vuestras vidas. Soy yo el más ingrato, el más odiado por los dioses; la causa de vuestras desdichas.

Corifeo.— Has sido azotado por tu destino y por tus deseos de huir del mismo.

Edipo.— Hubiera perecido el que me desvió de la muerte, el que un día quitó el garfio que unía mis pies para devolverme a la vida. No me hizo favor que pueda agradecerle. Hubiera muerto yo entonces y no sería hoy desgracia para mí mismo y para los míos.

Corifeo.— Igualmente no hubiese querido yo conocerte en tus infortunios.

Edipo.— No me habría convertido en el asesino de mi padre, ni habría cohabitado con la que me dio el ser. ¿Quién soy ahora?: el abandonado de los dioses por su impureza, el parricida, el engendrador de hijos de la misma mujer de la que fue engendrado. Edipo: todas las infamias se amontonan en torno a ti.

Corifeo.— No veo, Edipo, que hayas tomado la decisión acertada: preferible a vagar ciego con el peso de tu existencia, hubiera sido acabar con ella.

Edipo.— No, no me digáis lo que estuvo mal hecho, ese consejo no me vale. ¿Para qué me habría de servir la vista? ¿Para qué me servirían los ojos una vez bajara al Hades y allí me encontrara con mi padre y con mi madre, contra los que cometí tan horrendos actos que ni la muerte hubiese lavado? ¿Podrían mis ojos enfrentarse a sus rostros? No, eso no lo veré; ni veré a esos hijos concebidos de modo tan detestable. Yo que fuera el primero y principal ciudadano de Tebas impuse el decreto: todos deberían apartar al que los dioses declaraban como infame; ¿podrían mis ojos, sin bajar la vista, ver a estos ciudadanos sobre los que el mayor baldón he arrojado? No, no verán mis ojos la luz para ver mi propia infamia. Grata será para mí la oscuridad, como grato habría sido acabar con mi oído, permaneciendo, así, ajeno a las desgracias que yo mismo he producido. ¡Oh Citerón!, monte que me vio renacer, ¿Por qué me acogiste? Muerto debí quedar allí mismo. ¡Oh, Pólipo y Corinto! Cuna paterna tan solo en apariencia en la que crecí en la pureza de espíritu sin vislumbrar lo nefasto de mi destino. ¡Cruce de caminos que visteis la sangre por mí derramada! ¡Bodas felices que me encumbraban y culminaban mi infamia! ¡Padres, hijos, hermanos, todos mezclados! Todas las infamias las he reunido en torno a mí. Por eso os pido: llevarme lejos donde pueda permanecer oculto, o matadme o arrojadme al mar; hacedlo sin miedo, pues ningún mortal puede cargar con tantas culpas como yo mismo.

Corifeo.— Oportuno llega Creonte para oír tus ruegos, aconsejarte y hacerlos cumplir; pues él es el que ahora queda como único guía de la ciudad.

*Entra en escena Creonte.*

Edipo.— ¡Ay de mí! ¿Qué podré decirle al que tan duramente he ofendido?

Creonte.— No vengo, Edipo, con la intención de escarnecerte en tu infortunio. Tampoco vengo a pedir cuentas por afrentas anteriores. Y a vosotros, ya no por respeto al hombre, pero sí a los dioses que llenan nuestra vida: sobre esta mancha que se presenta insufrible a la luz del sol y de la lluvia, a la intemperie; permitid que se refugie al amparo del techo de la casa. Pasadlo a palacio. Solo los de la familia pueden ver y oír sin oprobio las desgracias de los miembros de ésta.

Edipo.— Oídmeme, te lo ruego, Creonte. Ya que llegáis como el más noble de los hombres ante mí, el más detestable. Atiende mi ruego, no para mi bien sino para el vuestro.

Creonte.— Escucho tu ruego, decidme.

Edipo.— Arrojadme del país tan pronto como os sea posible, alejadme a tierras donde ningún mortal pueda hablarme.

Creonte.— Lo haría, pero esa decisión no puede ser mía, debo consultar a los dioses sobre lo que debo hacer.

Edipo.— Los dioses ya se han pronunciado, ellos ya han decretado la expulsión del asesino o su muerte. De mi muerte o mi destierro se está hablando.

Creonte.— Cierto que ese fue su dictamen; pero ante la grave situación a la que hemos llegado, debo consultarles sobre mi conducta.

Edipo.— ¿Y ante mis desgracias necesitas de más consultas a los dioses?

Creonte.— Sí. Así, tú mismo sabrás con certeza lo que ellos disponen.

Edipo.— Con todo, te ruego que tengas en cuenta mis últimos deseos. En el interior de palacio ella yace muerta en el suelo. Procúrale buena sepultura, es de los tuyos y sé que lo harás de buen grado. En cuanto a mí, cerradme la ciudad, que no se me considere habitante de ella mientras me quede vida. Abandonarme en Citerón, el monte que

mis padres eligieron para darme muerte. Allí vagaré, sé que no habrá enfermedad ni cualquier otra cosa que me produzca la muerte, pues entiendo he sido elegido para cargar con este gran cúmulo de desgracias. De cualquier modo, que mis pasos ciegos guíen mi destino. Sobre mis hijos no deberás tenerlos como carga, su edad y conocimiento les hacen independientes y sabrán avanzar en la vida sin vuestra ayuda; pero de mis dos hijas, Creonte, te imploro las tomes a tu cargo. ¡Ay! Pobres y desdichadas hijas mías. Están todavía en la niñez, nunca han conocido la estrechez y siempre me han tenido a su lado: cuidado de ellas y salid en su defensa, ya conocéis cual es mi cariño hacia ellas.

Creonte.— Esto que me pides es lo que haré, puedes tenerlo por cierto.

*Se oyen lloros de niñas que salen del interior de palacio.*

Edipo.— Pero, ¿Qué estoy oyendo? Son sus llantos. Lloran, seguro, sobre el cuerpo sin vida de su madre. Hijas, pobres hijas mías. Ciego estaba cuando os engendré del mismo vientre en el que fui yo engendrado. Hoy con las cuencas de mis ojos vacías lo veo claramente. ¿Qué será de vosotras? ¿Cuál será vuestro futuro? Sois descendientes de una estirpe maldita. ¿Quién querrá unir a vosotras su destino? Solo podréis esperar la soledad en vuestra triste existencia. ¿Qué dios os dará amparo? Lloro con vosotras, lloro por vosotras. Creonte, tú quedas como su único defensor. ¿Lo harás así, Creonte? Tiéndeme tu mano.

*Creonte da la mano a Edipo*

Edipo.— Que sus destinos sean menos infortunados que el de su funesto padre.

Creonte.— Aplaca tus sentimientos, ahora entra conmigo a palacio.

Edipo.— No, en nada me es grato la vuelta a esa casa.

Creonte.— Es el momento de que a ella pases, tus lamentos ya han llegado suficientemente lejos.

Edipo.— Antes debo pedirte algo.

Creonte.— Dime pues qué.

Edipo.— Destiérrame de esta ciudad que ha conocido mi mancha y en la que soy causa de sus desgracias.

Creonte.— Eso a un dios le compete.

Corifeo.— Edipo, atento a los buenos consejos de tu cuñado Creonte, entrad ahora.

Edipo.— Así lo haré, aunque no de buen grado.

*Edipo entra a palacio guiado por Creonte.*

Corifeo.— Ciudadanos de Tebas, mirad: éste es el rey Edipo. El que los más complejos enigmas llegó a descifrar, el que llegó a lo más alto, el que alcanzó poder y riquezas, el que por todos fue envidiado. Vedlo aquí, hundido en el más profundo de los abismos. Vedlo, a qué lugar le ha conducido la rueda del destino. Tal es el verlo que a ningún mortal, por dichoso que sea su presente, puede considerársele feliz y afortunado sin conocer con detenimiento hasta el último día de su existencia.

**OSCURO**

Versión: José Antonio Ruiz de Lara Redondo